

La calle
Diario de un espectador
El oleaje asesino
por miguel ángel granados chapa

para el jueves 19 de noviembre de 2009

Hemos dedicado este espacio el martes y ayer a hablar de Aura Estrada, una joven promesa de las letras mexicanas muerta prematuramente, y cuyo nombre lleva ahora un premio literario otorgado por primera vez en Oaxaca el viernes pasado por un jurado de pares. Su viudo, Frank o Francisco Goldman, narra en el prólogo del libro formado con textos de su mujer, *Mi viaje a Shanghai*, cómo ocurrió el terrible desenlace. A sus treinta años, Aura libraba una batalla en su interior entre ser crítica e investigadora literaria, para lo que se había formado en la última década, o soltar las amarras a su capacidad de crear literatura:

“En ‘Borges, Bolaño y el regreso de la épica’, un ensayo sobre José Luís Borges y Roberto Bolaño, que apareció publicado en la prestigiosa revista en línea dedicada a la traducción *Wordswhitoutborders.org*, reveló bastante sobre sus propios valores:

‘La escritura de Borges y Bolaño fue una batalla encarnizada contra la vanidad, las pretensiones, la cursilería, lo ordinario, lo servicial. Los suyos son casos peculiares de la literatura que la máquina literaria misma parece rechazar. No fueron *bestsellers*. Durante una parte sustancial de sus vidas habitaron o bajo la sombra fría del rechazo público o en la clandestinidad del desafuero estético. La relación que tuvieron con su época y con los escritores de su época fue compleja, salpicada de aristas. Ciertamente lo que ellos entendieron por literatura poco con una sed de complacer otra estética (social, moral, política filosófica) que la propia. Su relación con la literatura fue casi religiosa. Creyeron en pocas cosas además de ella, y sólo a ella se consagraron como si la literatura fuese (tal vez porque lo es) cuestión de vida o muerte’

“El texto fue leído con avidez por muchos jóvenes escritores estadounidenses, fue comentados en *blogs* y citado en reseñas sobre Bolaño. Aura ha de haber percibido que aquello que más anhelaba, y temía, estaba a su alcance, una carrera literaria. Recuerdo el día en que sentada frente a su escritorio, de pronto se giró para decirme, en casi las mismas palabras con que concluye su texto breve ‘Bosque Camaleón’, que sentía que ya casi teníamos todo lo que necesitábamos para ser felices: nuestros libros, nuestro trabajo, a nosotros mismos y a nuestros amigos...

“Ese verano rentamos una casa en Mazante, en la costa del Pacífico mexicano. Era una casa hermosa, de construcción irregular, como prestada a la familia Robinson. Dormíamos al aire libre en la plataforma más elevada, mirando la luna sobre la selva y el mar al amanecer. Nos levantábamos temprano y escribíamos hasta el mediodía para luego dirigirnos a la playa. La última mañana de su vida me habló de su trabajo con un tono de seguridad que jamás le había escuchado. Con una sonrisa de oreja a oreja, me dijo: ‘¡Estoy escribiendo un cuento buenísimo!’. Y supe que lo creía.

“El 24 de julio de 2007 Aura sufrió una lesión horrible entre las olas de Mazante y murió veinticuatro horas después, a la una de la tarde, en el hospital Ángeles del

Pedregal de la ciudad de México. Cuando unos días después entré a su computadora, en la pantalla apareció lo que había estado trabajando esa última mañana de su vida: un segundo tratamiento de un cuento corto: 'La vida está en otra parte', y un texto breve: '¿Hay señales en la vida?'

"Cuando por fin empecé a explotar su computadora en busca de obras que pudiéramos usar para este libro, quedé asombrado por la prolija imaginación de Aura, la inquieta variedad de sus escritos, la inteligencia y la dulzura de su talento. Creo que solía empezar por lo menos un cuento nuevo cada día, que por lo general no terminaba. Llegaba quizá hasta la página seis o se detenía después de sólo unos párrafos, así, sin más".

Más, mañana.